

**LADRONES DE TIEMPO, MATERNIDADES UBICUAS Y COOCRIANZAS EN PROYECTO.
IMÁGENES ALREDEDOR DE LOS TIEMPOS DE CRIANZA Y SU REPARTO FAMILIAR.**

Grau i Muñoz, Arantxa
Dept. Sociologia i Antropologia Social
Universitat de València
arantxa.grau@uv.es

Navas Saurin, Almudena
Dept. Didàctica i Organització escolar
Universitat de València
almudena.navas@uv.es

Resumen

En el contexto de la Segunda Modernidad, el proceso de individualización y la deslegitimación del patriarcado hacen plantearse el cuidado en términos distintos a los de anteriores épocas. La crianza como práctica social que pone en conjunción a una pareja, se ve abocada a la reflexividad, esto es, nos exige el esfuerzo de ponernos en la situación del otro, de contemplar los intereses de la otra, sin desatender los propios deseos e intentando concertar el proyecto familiar con los horizontes individuales de autorrealización. Desde nuestro punto de vista este ejercicio de reflexividad está mediado por la posición que le reconocemos al otro/a la otra en el campo del cuidado, por la representación de la crianza con la que operamos, y por toda esa telaraña simbólica que atrapa a los tiempos de cuidado y su reparto. Lo que exponemos aquí es, precisamente, una deconstrucción de las imágenes que hombres y mujeres, criadores y criadoras de menores de seis meses, asocian con el reparto de los tiempos de cuidados y con el tiempo de crianza en sí.

Palabras clave

Crianza, tiempo, familia, género.

Introducción.

“Para una teoría sociológica del tiempo es tarea prioritaria atender a lo que los actores sociales dicen, ya que en sus formas de decir, en las imágenes que utilizan, en las conexiones que operan, incluso en sus inconsistencias y ambivalencias, se hallan las claves fundamentales para saber de qué estamos hablando cuando hablamos del tiempo en general o del tiempo social en particular, y sobre todo de éste.” (Ramos, 2007: 175)

Crianza es sacrificio, paciencia y... amor.

Sacrificio, paciencia y amor, son los términos que utilizó una participante de un grupo de discusión para darle forma a su imagen de crianza. Una imagen que, a nuestro entender, se enraiza en elementos de gran carga simbólica y que nos ayudan a vertebrar el constructo de crianza con el que aquí operamos.

La labor de cuidados es por definición una labor relacional. La crianza como función social compromete, en nuestras sociedades contemporáneas, a un número identificativo de adultos y adultas en el bienestar de las y los menores¹: madres, padres, hermana/os mayores, abuelo/as, tío/as y amigo/as íntimos orientan sus esfuerzos, en reclamo de imperativos legos y públicos, a garantizar las necesidades de las criaturas. Hacer referencia a la familia cuando queremos acercarnos a las configuraciones de la crianza, o las crianzas, no es un tema baladí. Situar la crianza en los escenarios de la vida familiar supone excluir otros contextos donde el cuidado y la socialización temprana de niños y niñas se llevan también a cabo, para aceptar que las crianzas se dan primordialmente en los espacios familiares (Brullet i Roca, 2008).

Pero no sólo eso, el cuidado es aceptado como una emoción humana fundamental, necesaria e incluso en según qué casos, placentera. El cuidado aporta bienestar a la sociedad y resulta una experiencia humana imperativa: todos los seres humanos necesitamos en uno u otro momento de nuestra vida, de manera más o menos intensa, el cuidado de otro(s) ser(es). No obstante, aún tratándose de una necesidad que podemos considerar universal, parece que el cuidado como práctica interdependiente se ve determinada por una construcción genérica que compromete una presencia femenina: “it is the presence of a woman –as wife, mother, daughter, neighbour, friend- wich marks out a relationship as, potentially at least, a caring one.” (Finch and Groves, 1983:25) Esto es, a pesar de constituir una necesidad humana y social de primer orden, la labor de atención a los otros/las otras es desarrollado en términos ideales (no deseables) por mujeres, la crianza como cuidado destinado a niños y niñas, no constituye ni mucho menos una excepción. Pero además, el trabajo de cuidado, en este caso de seres menores de edad, es adscrito a las mujeres dentro de un marco de relaciones de subordinación, donde la disponibilidad femenina para procurar el bienestar cotidiano y la indulgencia para posibilitar la actividad laboral masculina resulta incontestable. O para decirlo en términos contrarios, se trata de unas tareas dónde las ausencias masculinas cuentan con un amplio consenso y prestigio social (Torns 2008, Singly 2000).

Que podamos hoy discutir y aceptar el cuidado, la crianza, como tarea que exige un tiempo de dedicación y no sólo como un deseo o una adscripción identitaria femenina, en última instancia,

¹ Lo que diferencia a las sociedades del sur, como la española, nos dirá Naldini (citado en Moreno 2006) es la impronta de un supuesto modelo de “solidaridad familiar y de parentela”, un contrato solidario que deviene uno de los rasgos singulares de los sistemas mediterráneos.

que podamos construir la crianza como objeto de estudio problematizable, revisable en foros como este, es el resultado de una larga tradición no sólo teórica sino también empírica, que ha escrutado al trabajo bajo la lente de la perspectiva de género. Tal y como advierte Teresa Torns (2008), una de las sociólogas que han contribuido a este debate, fue la ruptura epistemológica de la categoría trabajo acaecida en las ciencias sociales a finales de los ochenta, lo que dio lugar a una reformulación que aceptó el trabajo/ los trabajos de las mujeres dentro de ese epígrafe. El trabajo abandonaba la concepción de actividad regulada por el mercado laboral, para acoger también aquellas tareas desarrolladas en el ámbito doméstico y orientadas al mantenimiento del hogar y al cuidado de las personas dependientes.

De acuerdo a todo lo que acabamos de exponer, consideramos que resulta ineludible referirnos a la labor de crianza como un trabajo de cuidados, un trabajo realizado para lo/as demás (Létablier, 2007). Un trabajo que se lleva a cabo en unos marcos especiales, pero que no deja de suponer una dedicación de esfuerzos con miras a garantizar el bienestar de las criaturas. Ciertamente es que, tal y como sugieren Finch y Groves (1983), reconocer que la crianza implica simultáneamente una dimensión material (hacerse cargo de alguien) y una dimensión sentimental (implicándose emocionalmente), envuelve a los cuidados de menores en un halo distintivo en cuanto a experiencia humana y práctica social. Ahora bien, cobijados por este paraguas simbólico, corremos el riesgo nada fortuito de darle forma a un constructo de crianza auspiciado en el amor incondicional de los padres, pero sobre todo de las madres, y en el altruismo desinteresado y sacrificado de la crianza. Sin negar el material singular del que se nutre la labor de crianza, parece necesario huir de la idealización de las connotaciones afectivas que se le presuponen, de considerar esta actividad como placentera en sí misma, por el contrario debemos escapar del pudor que genera llamar a la crianza de hijas e hijos, trabajo: el amor es también una dedicación. A lo que nos referiremos en este análisis es, por citar la obra de Finch y Groves (1983), un *labour of love*, el trabajo de amor que dedican las familias de dos miembros criadores² a sus hijos e hijas menores de seis meses.

Las resistencias que demostramos a la hora de aceptar la crianza como trabajo, son el resultado de un engranaje metafórico que ha conseguido despojar a los vínculos materno-filiales de toda su envoltura sociocultural, para recubrirlos de un halo naturalizador, esencialista.

El proceso de industrialización, con la extensión del trabajo asalariado que lleva aparejado redefine los pilares del orden familiar anterior (Izquierdo, 1999). Las relaciones de poder que se han dado históricamente entre hombres y mujeres en el seno de las familias, adoptan desde finales del sXVIII nuevas valencias como fruto, nos dice Izquierdo (1999), de la categorización de dos posiciones sociales nuevas: la de ama de casa y la de ganador de pan. La segregación no sólo espacial sino también ideológica de las responsabilidades que asumen mujeres y hombres para con la familia, se embebe de una cosmología dicotómica: a partir de ese momento la esfera privada, que se verá desvalorizada y descapitalizada socialmente, se torna lugar privilegiado de lo femenino, mientras que la esfera pública se acepta como lugar de lo masculino. Ahora bien, ese contrato disyuntivo se inserta en un orden jerárquico que descansa en el dominio de lo masculino, puesto que es lo público lo que le da entidad al individuo-ciudadano y por tanto le confiere a estos sus derechos políticos y sociales. Las mujeres, por su parte, en la medida que son expulsadas de lo público lo son también de los reconocimientos que esta esfera otorga, los

² Se excluyeron de la muestra familias monomarentales y familias monoparentales, así como familias de parejas del mismo sexo, dado que el objeto de investigación, tanto en la investigación primigenia como en su extensión, contemplaba como eje principal el análisis, desde la perspectiva de género, de las cosmovisiones y las representaciones construidas alrededor de la crianza como proyecto de pareja, así como del anclaje o desanclaje del cuidado respecto a los modelos tradicionales de distribución de los trabajos .

derechos de ciudadanía devienen atributos masculinos que las mujeres sólo adquieren por vía de un hombre (del padre o del marido) (Brullet, 2004)

Este modelo de familia burguesa empieza a difundirse a lo largo de la segunda mitad del sXIX, hasta cristalizar como norma común en el sXX (Borderías-Guereña,1996), un modelo que le reserva a las mujeres no-ciudadanas los papeles de ama de casa y buena madre: “La representación de la “buena madre” supone su presencia insustituible en la crianza a lo largo de los primeros años de la criatura” (Brullet, 2004:211). Esta prescripción de privatización de la maternidad y la crianza va acompañada, como no podía ser de otra manera, de un entramado ideológico del que participan distintas instituciones (moralistas, higienistas, educadores...), y que será el responsable en urdir los nexos simbólicos entre la feminidad y la maternidad, y por ende el cuidado.

En la segunda Modernidad, el proyecto de individualización confluyente con el ocaso del patriarcado como esquema normativo, alienta consecuentes transformaciones en la esfera privada. La familia se ve también destradicionalizada, despojada de los marcos simbólicos que le daban forma y contenido a los roles generizados. La experiencia postmoderna es una experiencia destradicionalizada, dicen Beck y Beck-Gersheim (1998, 2003), donde el individuo hallaba antes fórmulas dadas de identidad colectiva, hoy encuentra un abanico de prácticas *laxas* dependientes de su elección personal y de su reflexividad, las trayectorias de vida gobernadas por lazos familiares, adscripciones de clase, etnia y género, han sido desplazadas por biografías “do-it-yourself”, que se convierten en la forma prevalente de las determinaciones culturales (Beck, 1996). Puesto que las biografías personales están hoy repletas de lecturas y relecturas, de cambios, de decisiones, y de giros de 180°, es de recibo considerar que este bricolaje perpetuo afecte también al amor, al deseo, a los vínculos y a los afectos (Beck y Beck-Gersheim, 2001). Lluís Flaquer(1999) elabora teóricamente el constructo de familia postpatriarcal para dar cuenta de aquella familia en génesis durante el proceso de individualización: “Llamo familia potpatriarcal al modelo emergente que se está configurando en los últimos años y que se caracteriza fundamentalmente por el papel menguante que desempeña en él el patriarca y cuyas potencialidades democráticas todavía están por explorar” (Flaquer, 1999:17) Una familia que se ve empujada a desarrollar formas de convivencia que no asuman como fundamento adscripciones genéricas funcionales, a articular proyecciones individuales con proyectos solidarios, en última instancia la familia postpatriarcal es invitada a inventarse o reinventarse (según sean sus antecedentes).

Como premisa, aclara Beck-Gersheim (2003) el proyecto de crianza no se superpone hoy al proyecto de pareja, más bien al contrario, las decisiones personales que nos empujan a emprender uno u otro cometido no siempre son coincidentes, ello conlleva que en la actualidad las mujeres, pero también los hombres, intentan mantener sus compromisos y responsabilidades respecto al cuidado de los hijos, aún cuando sus proyectos de pareja se vean rotos, redefinidos o reajustados. Pero por otro lado, en el seno de lo que hemos llamado familia postpatriarcal, las parejas jóvenes que crían se ven en la tesitura de buscar nuevas fórmulas que hagan realizable el proyecto de crianza sin destronar, o por lo menos sin hacerlo del todo, las proyecciones individuales, lo que supone un importante capital negociador y no pocos desajustes y contradicciones. En palabras de Flaquer (1999:41): “Significa que los actores familiares y sociales se pongan otros anteojos para contemplar de una manera distinta las mismas cosas de antes. El advenimiento de una familia individualista supone lanzar un torpedo a la línea de flotación del bajel del patriarcado.” Es esta familia postpatriarcal la que deviene el caldo de cultivo idóneo para promover una nueva figura paterna. El nuevo padre, amparado por lo que se ha llamado el ejercicio de las nuevas masculinidades, sería un padre “cuidador”, que asumiría como propias las necesidades de su prole, que compatibilizaría su tiempo laboral con el tiempo

de crianza, y que se esforzaría por fortalecer relaciones de apego con sus hijos e hijas. Si tomamos como referencia aquellas organizaciones familiares en las que las mujeres-cuidadoras y los hombres-sustentadores económicos respondían a adscripciones generizadas, no cabe duda que el cambio es notable, al mismo tiempo que las mujeres han aprendido a moverse en las esferas públicas, los hombres empiezan a desarrollar unos aletargados vínculos con la domesticidad. (Lupton and Barclay, 1997)

Ahora bien, parece que todas estas premisas que apuntan directamente a un cambio cultural revolucionario, pierden su fuerza en el vuelo y, de acuerdo a los estudios que en nuestro contexto histórico y social han profundizado en la tríada trabajo doméstico, cuidado de personas dependientes y formas de maternidad/ paternidad, todavía no ha perdido vigencia el limitado reparto del trabajo doméstico y de cuidados entre hombres y mujeres, que carga los tintes en las mujeres como agentes responsables y responsabilizadas de las tareas de cuidados y de mantenimiento del hogar (Torns 2008; Domínguez et al. 2011).

Antes de pasar a analizar esta cuestión, queremos incidir en una premisa importante en lo que se refiere al objeto de nuestra atención.

La materia con la que se configura la labor de crianza es enormemente sensible y compleja, capaz de aglutinar aspectos económicos, psicológicos, afectivos, legales e, incluso materiales, difícilmente medible y limitable, y cargada de grandes dosis de moralidad. Cuando lo que nos interesa es profundizar en cómo se están construyendo las relaciones de género en relación a la crianza en el seno de las familias, dicha complejidad nos lleva a descartar la tan vitoreada perspectiva del reparto de tareas, para situarnos en el reparto de los tiempos. Efectivamente, como enuncia María Ángeles Durán (2010:15): "El tiempo es un recurso escaso que cada persona emplea de modo diferente, pero se trata de conocer si esta diferencia es voluntaria u obligada y si hay perspectiva de cambio para el futuro."

La acotación del trabajo de crianza presenta no pocas dificultades, la subdivisión de este en tareas concretas augura todavía más. Consideramos que hablar de tareas cuando nos referimos al trabajo de crianza, no es más que un intento de aplicar la idiosincrasia del trabajo productivo a este otro, que es trabajo, pero no es el mismo trabajo: las tareas llaman a la especialización, remiten a la funcionalidad, al no intercambio, y en un contexto de acuerdos familiares tácitos donde los repartos no son explícitos, el reparto de tareas suena a cambiar de nombre sin modificar rutinas, en definitiva a tergiversarlo todo, para quedarnos como estábamos. El tiempo, como dice Durán, es un recurso, que merece que lo analicemos como tal y que profundicemos en la lógica que impera en su reparto, el tiempo de crianza, por su parte, no transcurre en relojes ajenos a los del cronos cotidiano, sino que se superpone a él. Es por ello que resulta primordial que asumamos el enfoque de género, y que desde él escrutemos la distribución de la labor de la crianza. Para ello debemos remitirnos a los tiempos del trabajo de cuidados y no sólo a las actividades, unos tiempos en los que se desarrollan tareas, cierto es, pero que como categoría de análisis resulta mucho más idónea en el intento de poner encima de la mesa las desigualdades que derivan de las adscripciones generizadas.

Las pautas del reparto de tareas y tiempos de cuidado entre padres y madres se conciertan con los valores de género predominantes en la sociedad, ejes configuradores de modelos ideales de cuidados y distribuciones de responsabilidades (González, 2010). La sociedad tradicional y la de la primera modernidad prescribían a hombres y mujeres cuáles eran sus cometidos y obligaciones para con la crianza de sus descendientes, la deslegitimación del patriarcado y el avance de la individualización hacen plantearse el cuidado en otros términos: los lugares comunes dados por descontado en la crianza, han dejado de ser lugares para pasar a ser puntos de paso, y ya no son más comunes y ahora son negociados. El cuidado de menores como

proyecto común demanda pensar, planificar, ajustar, definir, revocar, acordar, decidir, y ¡sopesar las consecuencias! En otras palabras, la crianza, cuando se lleva a cabo entre dos sujetos ciudadanos, gana en complejidad, no sólo por el carácter incierto que le imprimen los nuevos riesgos, sino porque ha pasado a ser una práctica integrada en esa identidad narrativa y reflexiva a la que aludía Giddens. Y hacer referencia a la complejidad, nos lleva directamente a prever el conflicto. Un conflicto por los repartos de los tiempos, por unas distribuciones que parecen engarzarse todavía, nos dirá Brullet (2009), a los viejos modelos patriarcales a través de dos puntos de sujeción fundamentales, esto son el mantenimiento de la división sexual del trabajo y la carencia de socialización de los hombres en el cuidado.

Las encuestas del uso/empleo del tiempo han constituido un material de relevancia innegable para demostrar con evidencia empírica el desigual uso de los tiempos por parte de hombres y mujeres y la sobrecarga de las mujeres, en lo que se refiere a los tiempos de mantenimiento del hogar y de cuidados. Sin embargo, los interrogantes que se abaten sobre las espaldas de las encuestas de los usos del tiempo advierten, por un lado, de la dificultad de definir, delimitar y medir el tiempo que dedicamos al cuidado (Brullet i Roca, 2008), de no ser capaces de dar cuenta de su construcción polisémica, de significados diferentes para hombres y mujeres (Singly, 1999), de fijarse en actividades evidentes y unívocas sin poder recoger la simultaneidad y sincronía que caracteriza al trabajo de cuidados (Torns, 2008) y de no resultar operativas para captar aquellos aspectos más subjetivos del cuidado, por otra parte fundamentales en él (Carrasco, 2009). Se sugiere, desde estas filas, la importancia de estudios cualitativos que nos ayuden a profundizar en las constelaciones simbólicas que envuelven a los tiempos de crianza y a sus repartos.

La crianza, que entendemos como trabajo destinado a garantizar el bienestar de otros seres, tiene como escenario físico y simbólico la familia y como objeto los niños y niñas dependientes, se apoya tanto en tareas/tiempos de interrelación directa con lo/as menores, como en tareas/tiempos de mantenimiento del hogar, como en tiempos/tareas de gestión y organización familiar, y pone en juego actividades tangibles como otras intangibles.

Ahora bien, lo que nos interesa aquí es ese juego de poderes en el que se ve insertado el cuidado infantil, esa pugna entre posturas con recursos distintos. Desde el momento en que la autoridad maternal y la autonomía de las mujeres cuentan también con un espacio propio en el contrato familiar, la crianza implica una negociación constante entre sus responsables adultos. Hombres y mujeres se ven posicionados en el centro neurálgico de acuerdos, divergencias, conflictos y diálogos a propósito de quién y qué actividades del cuidado se asumen, y sobre todo en qué tiempo y en detrimento de qué espacios.

En la segunda modernidad, la crianza como práctica social que pone en conjunción a una pareja se ve abocada a la reflexividad, esto es, exige el esfuerzo de ponernos en la situación del otro, de contemplar los intereses de la otra, sin desatender los propios deseos e intentando concertar la lucha de titanes entre el proyecto familiar-comunitario del cuidado de menores, y los horizontes individuales de autorrealización. Desde nuestro punto de vista este ejercicio de reflexividad está mediado por la posición que le reconocemos al otro/a la otra en el campo del cuidado, por la representación de la crianza con la que operamos, y por toda esa telaraña simbólica que atrapa a los tiempos de cuidado y su reparto, este es precisamente el foco de atención del análisis que presentamos.

Sin embargo, cabe matizar que en este estudio no pretendemos hacer una exploración exhaustiva de las diversas concepciones individuales sobre el tiempo de atención a las criaturas y sobre su distribución, más bien lo contrario, lo que pretendemos es justamente poner la atención en los procedimientos y las metáforas que vinculan a los sujetos y a los grupos sociales

a los procesos de ideación social: “penser le social comme du cognitif et les propriétés de la cognition comme quelque chose du social, penser la part affective de la pensée sociales” (Jodelet,1995:41). Lo que exponemos aquí es, precisamente, una deconstrucción de las imágenes que hombres y mujeres, criadores y criadoras de menores de seis meses, asocian con el reparto de los tiempos de cuidados y con el propio tiempo en sí. Nuestra pretensión es explorar las costelaciones simbólicas que envuelven los cronos del cuidado, con el objetivo de contribuir al análisis cualitativo que pretende dar cuenta de qué están hablando hombres y mujeres cuando hablan del reparto de los tiempos de crianza.

Metodología

Lo que presentamos aquí es el resultado de un análisis cualitativo, a propósito de la información recogida en una investigación sobre la inclusión de la perspectiva de género, en el programa de educación maternal de la Comunidad Valenciana, financiada en parte por el Centro Superior de Investigación en Salud Pública de Valencia. Y de tres grupos de discusión que se realizaron posteriormente con la finalidad de completar la información obtenida.

En el estudio participaron hombres y mujeres con hijo/as menores de seis meses, se excluyeron familias monomarentales y familias monoparentales, así como familias de parejas del mismo sexo, dado que el objeto de investigación, tanto en la investigación primigenia como en su extensión, contemplaba como eje principal el análisis, desde la perspectiva de género, de las cosmovisiones y las representaciones construidas alrededor de la crianza como proyecto de pareja, así como del anclaje o desanclaje del cuidado respecto a los modelos tradicionales de distribución de los trabajos .

Todos y todas las participantes tenían o habían tenido un/ o más trabajo(s) remunerado(s) en los doce meses anteriores, todas las mujeres estaban de baja maternal en el momento de la realización de los grupos de discusión, tres de ellas habían cogido una excedencia o permiso sin sueldo desde meses antes del embarazo. La decisión metodológica de escoger miembros de familias de doble-sueldo, daba respuesta a la bibliografía consultada que considera este tipo de familias como motores del cambio hacia nuevos tipos de relaciones entre hombres y mujeres en el seno de la familia.

Se llevaron a cabo cinco grupos de discusión³ con mujeres nacidas en Valencia o residentes en esta ciudad desde la infancia, con una edad media de treinta y cinco años y cuatro grupos de discusión con hombres nacidos también en esta ciudad, o habitantes de ella desde la infancia, con una edad media de treinta y siete años. Los grupos de discusión con mujeres fueron moderados por una mujer y los de hombres por un hombre.

La captación para los grupos de mujeres se hizo a través de las matronas de un número determinado de centros de salud de Valencia y su área metropolitana. La captación para los grupos de padres se hizo a través de las mujeres participantes en los primeros y a través de las redes sociales de proximidad del equipo investigador. Uno de los grupos de mujeres también fue captado a través de redes de proximidad. Se dieron casos en los que los dos miembros de la pareja participaron en los distintos grupos, pero dada la dificultad con la que se encontró el equipo de investigación para convocar a hombres que participaran en los grupos sobre paternidad, esta pretensión no pudo ser cumplida. Los grupos de discusión se realizaron en Valencia durante los meses de septiembre y octubre de 2010.

³ En el texto se referenciarán los grupos de mujeres-madres con las siglas GM1/GM2/GM3/GM4 y GM5 y los de los hombres-padres con las siglas GP1/GP2/GP3 y GP4

Los grupos de discusión se grabaron y transcribieron literalmente para después ser analizados cualitativamente.

Análisis

De apoyos, ayudas y cromosomas.

Se dice comúnmente que cuando nace un bebé o una bebé, nace también un padre y una madre. Sin embargo, si adoptamos una perspectiva crítica de análisis de la realidad social, el enunciado parece a priori problemático. En la época contemporánea la parentalidad se perfila adoptando unos contornos que a menudo poco tienen que ver con los procesos “naturales” de engendrar, gestar y alumbrar. Por otro lado, la identificación de los sujetos con los roles sociales de maternaje y paternaje no resultan tan irruptivos como se sugiere en el acervo popular, sino que, por el contrario responde a un proceso paulatino de interiorización más o menos dilatado en el tiempo. Efectivamente, el apego que inferimos de los vínculos mater/pater-filiales, no puede comprenderse al margen de los constructos sociales que envuelven al cuidado infantil, su aprehendizaje es necesario tanto en el caso de las mujeres como en el caso de los hombres.

Buena cuenta de ello nos da la obra de Badinter (1991) de obligada referencia cuando tratamos estos temas. La autora coloca en el epicentro de la sospecha esa metanarrativa que remite a una supuesta naturalización de la maternidad social. El mito del instinto maternal, forjado concienzudamente por los discursos dominantes del sXVIII, operó como presupuesto de naturalización de gran carga normativa al servicio de los intereses y los poderes vigentes. En otras palabras, la inferencia entre la capacidad reproductiva que tienen las mujeres y sus habilidades y dotes de cuidado y atención para con los y las demás, es tan poco obvia, que resultó en su momento necesario un entramado simbólico capaz de tender los puentes significativos entre ambas experiencias.

Como réplica de esta distribución desigual de las labores sociales, el tipo de organización familiar que Flaquer (1999) denomina postpatriarcal absorbe los ejes culturales de la segunda modernidad, para proponer un reacomodo de los roles productivos y reproductivos independiente de adscripciones sexuales.

Sin embargo, según lo extraído de los grupos de discusión realizados, la crianza infantil parece seguir de alguna manera atrapada en la segregación genérica de los trabajos, una distribución desigual que les adscribe a las mujeres esta labor aún en el caso de que estas lleven a cabo un trabajo extradoméstico. La justificación de esta asignación se apoya a menudo, y todavía hoy, en una supuesta *inclinación natural* de las mujeres a estos menesteres, que nos lleva a repensar en la carga simbólica que todavía conserva el mito del instinto maternal. Así la salvaguarda de las necesidades de las criaturas se debe a unos *saberes* que se infieren de la condición femenina de las mujeres.

- *Yo creo que ahí sale la naturaleza.*
- *Sí eso también es verdad.*
- *Ellas tienen algo que cuando les pones un bebé encima ya saben como cogerlo, qué hacer si llora, y nosotros eso no lo tenemos, es así, no lo tenemos... (GP1:9)*

Muchas de las mujeres consultadas se posicionan en este eje discursivo, a menudo no tanto para referirse a ellas, sino más bien para justificar la no predisposición de los padres a la atención de las hijas e hijos. Otras introducen el matiz de la socialización como factor explicativo,

advirtiéndole que es “el jugar con Nenucos”, lo que las aproxima más a estas actividades. Por último, muchas de ellas se muestran críticas ante esta supuesta esencia que determina que sean ellas las principales responsables del cuidado.

- *No sé. Yo me siento llena con el niño, pero sin mi vida profesional también me sentiría vacía. De que..., luego es una combinación de todo. Lo que pasa es que si tienes la suerte de poder dejar el trabajo una año sabático y luego volver a tu puesto de trabajo que tenías y no romper tu carrera profesional, vale. Pero, ahora imaginemos que nos tenemos que dejar el trabajo para cuidar al niño, cuando realmente luego el niño haga su vida ¿tú en qué te quedas? En que... ¿Cómo sigues tú adelante? Porque al fin y al cabo ellos hacen su vida y tú qué.(GM2:9)*
- *Yo también estoy contigo ¿eh? Estoy muy contenta de tenerle y es una experiencia que quería vivir ya. Pero me noto, eso. El parón. El parón de que mi marido puede seguir con su vida como si no hubiera pasado nada. Y yo... Es que no puedo.(GM4:15)*

En contraste con esta idealización de la *maternidad de entrañas* afloran las expresiones de las mujeres al referirse a los primeros días, semanas e incluso meses de crianza, los malestares, las incertidumbres e inseguridades con los que asocian este período, al cual se suele llamar de acoplamiento, nos hacen pensar que, tal vez, el grito de la naturaleza no es tan ensordecedor de lo que cabría esperar de él. Las mujeres hablan de esa adaptación como un proceso, en general solitario, en el que han tomado conciencia de lo que significa la maternidad. El desasosiego y la inquietud parecen dar voz a los sentimientos y sensaciones que envuelven la experiencia temprana de lo que es hacerse cargo de otro ser dependiente, una inseguridad que debe achacarse a la no familiaridad con dicho proceso, y que pone en tela de juicio ese supuesto instinto innato.

- *Yo también creo que es eso, que es algo muy bonito y a la vez también es muy difícil. Muy difícil en el sentido, por lo menos para mí, sobre todo en los primeros meses, me ha resultado muy difícil el cambio de vivir pues para ti, a totalmente vivir para tu hijo, para mi hija en mi caso. Y eso, que al principio es muy, muy absorbente. Entonces, no tienes tiempo, dejas de pensar absolutamente en ti. (GM1:2)*
- *Entonces yo creo que el primer mes, para mí dese luego, ha sido el más duro en cuanto a eso. En cuanto a un cansancio físico y mental a lo mejor de decir. “¿Lo estoy haciendo bien, qué le pasa?” No saber. Ya luego después del mes ya te vas acostumbrando, ya lo vas conociendo en cuanto al lloros... que si puede tener hambre, si puede tener sueño...(GM2:4)*

Los hombres que han participado en los grupos de discusión, por su parte, parecían ir un poco a remolque de las mujeres en este asunto, su experiencia sobre la primera etapa de la crianza se ve repleta de imágenes que dan forma al bebé como sujeto, a lo extraordinario del nacimiento, a la emotividad que despierta en ellos y, sobre todo, a su relación como hombres-padres con su hijo o hija. Sin embargo, estas muestras que podemos considerar expresiones de una nueva masculinidad, una identidad masculina que ha abandonado los caducos lugares comunes del desapego y la distancia emocional, se posicionan en ejes discursivos que se instalan en la figura del padre-cariñoso, pero que distan todavía de identificar la paternidad como trabajo de cuidados.

- *Bueno de momento tampoco es que llevemos mucho tiempo de crianza, bueno yo llevo 5 meses. Yo antes de ser padre era reacio a los niños, no quería verlos ni en pintura, pero hubo un momento que, eso que se te enciende la luz o que recibes la llamada de la paternidad y de repente de no querer nada.. pues ya me apetecía. Y la verdad que estoy muy impresionado porque no me esperaba que fuera algo tan bonito. Parece mentira que a alguien que conoces tan poco tiempo, se le pueda querer tanto..(GP3:1)*

Incluso los hombres que se representaban a sí mismos como cocriadores, afirmaban haber interiorizado este “ser para el otro” del que hablaba Simone de Beauvoir, a través de un transcurso de tiempo mucho más demorado que el protagonizado por sus compañeras, en las

cuales se *delega* el cuidado en un primer estadio de la crianza. Efectivamente, entre los padres que se posicionaban en los relatos de la crianza postpatriarcal, identificamos una apropiación del cuidado como responsabilidad ineludible, no obstante, podemos decir que los contornos de este compromiso son más bien difusos, las demandas concretas de la cotidianidad de la crianza son, en un primer estadio, transferidas a la criadora principal

Según la información recopilada en estos grupos de discusión, la desigualdad, a pesar de la emergencia de las nuevas paternidades, sigue proyectándose en una diferencia fundamental: con la paternidad ellos aprenden ese “ser para los demás”, a la maternidad se le presupone de partida. A unos hay que tenerles paciencia en su asimilación, e incluso reconocerles sus progresos y sus méritos -las mujeres que en los grupos reconocían tener una pareja participante en la crianza eran aplaudidas y felicitadas por las demás- las otras no pueden permitirse titubeos, el cuidado de bebés recién nacidos demanda una persona adulta que responda con inmediatez a sus necesidades. Esta exculpación que se demuestra para con los hombres resulta fundamental en el caso que nos ocupa, el reparto familiar de las labores de la primera crianza escrutado por esta lente, conlleva experiencias y representaciones totalmente distintas en hombres y mujeres. Que unas se vean en el deber de apropiarse de dicha responsabilidad, mientras que los otros tengan la potestad de eludir, total o parcialmente, este compromiso, coloca a los miembros de la pareja en posiciones simbólicas desiguales.

- *Es que necesitan quedarse a solas con ellos. Porque a mí también me pide ayuda para “¡Ay! Ayúdame a meterle el jersey por la cabeza, que me da miedo. ¡Ay! Ayúdame a bañarlo que yo sólo no”. Y dices “jelines...” Es que hay cosa que le da miedo por si él no se defiende solo. Y se apoya mucho en ti. Hay otras cosas que no. Pero dices, si lo tuvieras que hacer como yo lo tengo que hacer, que al final por necesidad lo haces.*
- *Lo harían.*
- *Claro.*
- *Es que eso es lo que yo le digo, que a mí no me han dado clases. Me he apañado. Pues tú también puedes... Ya está.*
- *Al final te acostumbras. Te daba miedo al principio, a mí también. Pero luego dices, pues mira, no hay más remedio. (GM2:21)*

Todo este marco simbólico resulta explicativo para comprender que tanto en las filas de los grupos con mujeres como en las de los grupos con hombres, se siga usando mayoritariamente la acepción de ayuda o apoyo para referirse a la participación de los hombres en la crianza temprana, por el contrario la referencia a la coparticipación de los padres en la crianza ha estado presente en voces minoritarias. Representar la participación paternal como ayuda no es un tema baladí, puesto que de ello cabe derivar que es la madre la principal responsable del cuidado, la deudora que debe responder de esa función social, y que al padre simplemente se le reconoce un papel residual de colaboración. Pero además esta identificación conlleva que el apoyo, la ayuda contemplan cierta diligencia, esto es, los hombres se comprometerían con la crianza según su voluntad, su buen hacer, y no por mandato del compromiso que tienen con el cuidado, como se espera de las mujeres.

Y... ¿Dónde estaba yo cuando se repartieron las tareas? Tiempos, actividades y repartos del cuidado.

Los esfuerzos y desvelos que van asociados a la que actualmente se considera como la *forma correcta* de criar, adquieren un carácter que Hays (1998) ha denominado intensivo. La satisfacción de las necesidades de las y los menores pone en juego hoy, un abanico de actividades y tareas a desarrollar mucho más agotadoras y tediosas de lo que moral y

socialmente queremos reconocer, porque el cuidado no sólo implica acariciar, abrazar, besar o jugar y pasear con ellas y ellos. Efectivamente, en el cuidado entran también otras tareas menos gratificantes como es la de cambiarles el pañal o llevarlas al o a la pediatra, caben también las tareas de mantenimiento del hogar (lavar, limpiar, comprar...) y otras que no son tangibles pero que devienen determinantes en el cuidado, y que implican estrategias y procesos de decisión, previsión y cavilación, aquellas que hemos denominado tareas de *management familiar*.

Lo que merece nuestra atención en esta exposición es precisamente cuál es el sustrato simbólico que tanto mujeres-madres como hombres-padres relacionan con el reparto familiar de este trabajo de crianza. Ahora bien, como ya expusimos en la introducción nos referiremos aquí a los tiempos de crianza, y no tanto a las actividades, puesto que partimos de la premisa de que la ejecución de las labores de crianza consume unos tiempos dilatados mucho más significativos como tales que las tareas en las cuáles se abaten. Pero además de dilatados, los tiempos de la primera crianza son intensivos, dado que, por lo general, transcurren aparejados a unas sensaciones de inseguridad e incerteza que van asociadas a la presión social que se ejerce, sobre todo a las madres, para que cumplan con las expectativas de criadoras que se espera de ellas. Las bebés y los bebés no tienen habilidades de comunicación adulta, y las madres y los padres se hayan por lo general desconcertados ante la demanda social de responder a unas necesidades cuyos contenidos desconocen a priori.

- *Yo era como un miedo a... Y un sentimiento, eso sí que es verdad. He tenido un sentimiento de... No sé, todo el rato de "Dios mío, que no le pase nada". Y siempre con eso. No sé, un poco obsesión yo creo. Con lo de que no le pase nada malo. Me levantaba por la noche a veces y le ponía la mano en la barriga. Y "Está respirando".*
- *Eso también lo he hecho yo.(GM4:3)*

Lo que tiene de propio el trabajo de cuidado y que no es replicable a la mayoría de empleos es que consume unos tiempos intensivos. Las actividades de crianza son difícilmente acoplables a una mera especificación en tareas, puesto que muchas de estas labores suponen simultaneidad, o una duración imprevisible de realización, pero además la labor de crianza, especialmente la de la crianza primera, es una labor sin descanso, que se desarrolla a lo largo de la jornada, veinticuatro horas al día, concadenando, combinando y gestionando distintas acciones, tareas y tomas de decisión con pocos momentos de respiro. Por tanto, son los tiempos de crianza y no tanto las tareas, nos dicen las analistas sociales, los que deben considerarse el foco al que debemos dirigir nuestra mirada cuando queremos estudiar los repartos familiares del cuidado.

- *Sí, pero aún así acabas haciendo tú más, por mucho que no quieras, pero tú más que ellos. Porque yo he llegado de la compra con ella... No, más bien con mi hijo y con un montón de bolsas y he llevado al chiquillo, las bolsas y todo. Y a lo mejor ha llegado él y dice "es que no podía comprar porque tenía el chiquillo". O "No he podido subir las bolsas porque es que a ver cómo lo hacía". Y yo digo "Madre mía". Si me subo yo con todo y no pienso...*
- *Subo yo seis cosas a la vez. [Risas].*
- *Y digo "Tú lo grande que eres y que no puedes".(GM5:40)*

Es curioso, por el contrario, que hemos apreciado como en los grupos de hombres se detectan ciertas resistencias a abandonar el plano discursivo del reparto de tareas. Una distribución en el que ellos serían los responsables y ejecutores de las actividades que *se les han* asignado.

- *"Yo preferiría que me dijera... pues tú te encargas de esto o de aquello... y así yo ya sé, yo ya sé... pero es que no sabes lo que tienes que hacer, no lo sabes." (GP2:13)*

- *“Pero si yo me paso todo el día trabajando, y cuando llego a casa pues cumplo con lo que me toca, pero si el niño no se ha cagado, o no le toca el baño... pues entonces... si esas son mis tareas...” (GP1:20)*

En estas verbalizaciones, mayoritarias pero no únicas, podemos identificar la pretensión de replicar, en el trabajo de crianza, una labor que les es por lo general ajena, la lógica del trabajo productivo: las tareas suponen especialización, asignación y no permutación. Así los hombres demuestran sentirse más cómodos sabiendo anticipadamente qué se espera de ellos, y controlando la esfera que deben desarrollar sea esta el baño, sea esta el cambio de pañal...

Esta segmentación en actividades es percibida por las mujeres como una pretensión, por parte de sus parejas, de eludir la toma de conciencia de lo que supone la crianza. Una irreflexión que descarga en ellas todo el trabajo excedente a estas acciones concretas, y que las sitúa en una posición nada ventajosa en el reparto de tiempos de cuidado. Repasemos la referencia a una de las citas que acabamos de exponer, en el grupo de mujeres.

- *Y va y me dice... es que yo ya hago mis tareas, yo la baño y le cambio el pañal que es lo que me toca, yo ya hago lo que me toca... mira qué listo ¿eh? Y claro yo le respondí “¿Y dónde estaba yo cuando se repartieron las tareas?... ¿Dónde estaba yo...? Porque nadie me avisó.” (GM5:34)*

Ladrones de tiempo.

El constructo que elaboran alrededor de la figura materna muchos de los padres que han participado en el estudio, es la de una madre a tiempo completo, capaz de estar pendiente de todo y en todo momento, con la capacidad y la sabiduría innata de anticiparse a las necesidades de las criaturas, de decidir *lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer*. De nuevo la persistencia del ideal femineidad-maternidad presente en el imaginario social desde siglos atrás, de nuevo el arquetipo de la buena-madre.

Por su parte gran parte de las mujeres no se ven reflejadas en esa identidad, sienten que es eso lo que esperan de ellas sus parejas —y la sociedad diríamos nosotras—, sin embargo, muchas no se sienten cómodas en ese traje, las promesas de autorrealización volcadas en la maternidad no les son suficientes, y por el contrario, reclaman tiempos para sí, unos tiempos que la crianza “en solitario” no contempla, quieren retomar las riendas de su vida, aunque sea por momentos cortos, para recordarse que no sólo se han convertido en sujetos-madres. Con menor o mayor rubor, ponen en claro que, como decía Simone de Beauvoir, el deseo femenino no es maternal, ni anti-maternal sino ambivalente, contradictorio, y señalan con el dedo a sus compañeros, cooperantes de una ideología que les corta las alas. Una representación del otro que en nuestro análisis hemos denominado metafóricamente como el otro como ladrón de tiempo⁴.

- *Pero nada. No se sienten identificados con nada. Como si la niña solo fuera las veinticuatro horas nuestra. Ellos pues sí, si me tienen que dar un biberón por si tú no puedes cambiarla... Pero no, no, nosotros... Nuestra obligación parece que sea toda nuestra y eso tampoco... vamos. Que tienen*

⁴ Huelga decir que las imágenes que sirven a las representaciones del otro cuidador o de la otra cuidadora no son unívocas ni excluyentes. En primer lugar, lo que presentamos en estas líneas debe entenderse como una esquematización de arquetipos surgidos del análisis cualitativo, un ejercicio de deconstrucción simbólica a partir del discurso volcado en las dinámicas de los grupos de discusión, y que por lo tanto no tienen entidad en sí mismas, sino que operan como categorías analíticas. En segundo lugar, las metáforas que revisaremos aquí no se infieren de personas concretas, ni de parejas determinadas, sino de representaciones sociales sobre las posiciones que hombres y mujeres adoptan respecto al cuidado y sus tiempos, por lo tanto no nos referimos aquí a una tipología de clasificación de maternidades y paternidades, sino a tipos-ideales de relaciones entre hombres y mujeres respecto al reparto de los tiempos de crianza.

tiempo, por lo menos los nuestros, tienen medio día. Pero bueno, parece que sea solo nuestra. (GM02:19)

A priori cabe considerar que un reparto equitativo de los tiempos de cuidado permite tanto a hombres como a mujeres disponer de tiempos para sí. La crianza, aún el período de dedicación demandante que constituye los primeros meses de vida de las criaturas, no necesariamente resulta incompatible con otros escenarios ni actividades. En una supuesta cultura igualitaria cabría esperar que tanto hombres como mujeres asumieran unos tiempos de crianza, compartidos o de alternancia, similares, no sólo a razón de una justificación democrática, sino como efecto coherente con la decisión tomada, en un momento dado, respecto el proyecto de parentalidad. Sin embargo, este reparto, como estamos viendo, no está adoptando todavía valencias asimilables, al menos en lo que se refiere a la crianza primera.

Los grupos de discusión sugieren que muchos hombres siguen compaginando el ejercicio de paternidad con espacios de esparcimiento, que se siguen reservando un *tiempo propio*, al que ya hizo en su momento referencia Singly (2000), como oasis temporal aliviador. Efectivamente, los hombres no sienten haber perdido tanto espacio como las mujeres, más bien al contrario, insisten en la importancia de conservar “la vida de antes”, reclaman la necesidad de preservarse espacios “sin lloros, ni cacas”, como decía uno de los padres. François Singly (1999, 2000) exponía tras una investigación sobre las representaciones de los tiempos, que el tiempo no acotado por la jornada laboral es percibido por los hombres como un tiempo para sí, y si este *tempus* es destinado a sí mismos, difícilmente puede estar orientado a satisfacer las necesidades de otros seres.

- *Yo es que... no sé vosotros, pero yo no puedo renunciar a la cervecita de la tarde con los amigos, es que en casa con todo eso... me agobio, en serio que me agobio, irme enseguida a casa... es peor ¿eh? Es peor, porque estoy de una mala leche... que hasta mi mujer me dice, mira mejor no vengas, mejor quédate con ellos, claro, porque ella lo ve, ella es que lo ve.*
- *O el gimnasio... yo siempre he hecho mucho deporte, es que ahora no voy a pararlo así, como así, ¿no? Acabas de trabajar hecho polvo, con broncas con tu jefe, con problemas con los clientes, con el agobio de la crisis... y ¿no puedes ni irte a machacarte? ¡Eso no puede ser! (GP2:14)*

- *Ellos siguen trabajando, cosa que tú ya no haces. Yo en mi caso por las tardes yo iba muchas horas al gimnasio, todas las que podía. Ahora ya no voy ninguna, él sigue yendo toda la tarde.*
- *Sí, sí. Eso está claro.*
- *Sus hobbies los sigue haciendo.*
- *Mi marido... sí.*
- *Sus ratos libres los siguen teniendo, porque si algo hay que hacer con ella y tienes que quedarte, te quedas tú. Él es el que se va.*
- *Sí.*
- *Siguen trabajando, siguen... No sé, les cambia mucho menos [la vida].(GM3:27)*

Desde nuestro punto de vista, que estos hombres crean tener *más* derecho que sus compañeras a ese tiempo de libre disposición, a un tiempo de despreocupación del cuidado, se enraíza directamente con la cosmología dicotómica de la segregación de los trabajos en el seno de la familia. Realizar la jornada laboral para ellos, es cumplir con su trabajo, con su tarea, es responder a la labor que les pertoca de *proveedores de pan* (por hacer referencia al término clásico). En otras palabras, a pesar de que todas las participantes en los grupos se definían como mujeres con un trabajo extradoméstico, esta situación era obviada por sus parejas, que las resituaban simbólicamente en la posición tradicional de amas de casa. Es como si la llegada del bebé o de la bebé comportara una redefinición de roles, no sabemos si momentánea o definitiva, que lejos de moldear una nueva paternidad, devolviera la maternidad a tiempos pasados.

- *Nosotras por defecto no podemos... O sea, eso ya está claro, pero ellos no se dan cuenta hasta que les insistes mucho que... Que ya su vida no es la misma, que tienen a alguien que depende de ellos también.*
- *Yo... Yo también estoy... Y eso que mi marido es bastante voluntarioso. O sea, que... tú le dices algo y él lo hace. Pero tengo que estar recordádoselo. Y el hecho de que él planificara sus vacaciones o sus cosas con sus amigos como si no hubiera niño... Y luego me lo dice... Y digo "Vale, pues..." Y le pregunto a veces "¿Y quien se queda con el niño?" Claro ya sobrentiendes que voy a ser yo porque soy la que estoy siempre ahí pero... (GM4:12)*

Las parejas de algunos de estos participantes explicaban sorprendidas cómo, durante el permiso de paternidad, estas mismas personas habían asumido las tareas de cuidado, de manera más o menos intensa, sin proponer estos desahogos. Otras mujeres, por su parte, decían que el que sus compañeros estuvieran en paro actualmente, devenía elemento justificativo para que asumieran el cuidado de las o los menores. Parece que la esfera laboral continúa siendo el nicho fundamental del que se nutre la construcción identitaria de algunos hombres, aunque en la actualidad algunos pueden alternar su posición de acuerdo a las circunstancias: permiso de paternidad, paro, fines de semana, vacaciones, esfera reproductiva de tiempo compartido con la madre; jornada laboral, esfera productiva. Sin embargo, lo que no parece todavía superado es ese esquema dualizador y desagregador patriarcal, la distinción entre el mundo doméstico y el mundo público se mantiene en cierta medida, y muchos hombres se resisten todavía a compartir los tiempos de crianza. Aquellos con posiciones dominantes buscan siempre estrategias para mantener sus situaciones aventajadas.

- *Cuando tuvimos al nene, cuando nació él se quedó doce días en el nido. Y ahí sí que la verdad se volcó mucho y yo estuve muy bien, y le llevaba la leche congelada, la leche fresca todas las mañanas. Y él ahí participó apoyándome muchísimo. Pero ya cuando a trabajar, pues... (GM1:4)*
- *Porque claro el primer mes que... bueno, los primeros quince días que tienen de baja, sí. Está ahí contigo y tal... Pero una vez ya empiezas a trabajar, como que ya...*
- *Viene cansado.*
- *Sí. Es otro mundo.*
- *Dice "Es que tú no trabajas". Y claro, pues "apáñate tú". (GM4:34)*

Ellas, por su parte, se ven apresadas por el tiempo, un tiempo de crianza sin lindes ni cotas. No saben cuándo se produjo el cambio que llevó a sus parejas a dejar de considerarlas como compañeras en salidas, gimnasios, viajes... , cuando se produjo el desmantelamiento de aquella solidaridad de pareja, del proyecto común, para convertirlas en las responsables intensivas de sus hijos e hijas. Se sienten perplejas ante estos *ladrones de tiempo*, que no son sus criaturas sino sus partenaires, unos faltreros que se apropian de todos los respiros que ofrece el tiempo "libre", que se apoderan de unos tiempos para sí de los que ellas anteriormente gozaban, un tiempo que les propone el proceso de individualización. Estas mujeres sienten que el tiempo de crianza que se les asigna es, por lo general y en mayor o menor medida, un cronos para otro/as en presencia y en ausencia. Esto es, se espera de las mujeres que participen de la crianza, que la orquesten, que la asuman, tanto en los momentos de coincidencia espacial, como en aquellos en los que esta no se da.

Los hombres confían en que cuando la madre está presente, esté pendiente del o de la bebé, que asume la posición de alerta ininterrumpida, que se arroga la toma de decisiones respecto a las necesidades de la criatura, descargando en ella el cuidado principal en el que ellos participan de manera residual. Un caso ilustrativo de todo ello es el de los despertares de las y los bebés por la noche, dónde los llantos y gritos de las criaturas despiertan a las madres y son desoídos por los padres. Con el objetivo de darle forma a esta exculpación, tanto ellas como ellos, suelen aludir a un impulso tipificadamente femenino, "una especie de chip preprogramado" dicen, que las lleva a responder adecuadamente. Se distingue de nuevo aquí la estela del instinto maternal.

- Pero es... por ejemplo la tontería de que va a hacer el biberón. “¿Cuánto es, de agua?” Y dices “Pero si lleva un mes tomando lo mismo. Lo tendrías que...” No sé son cosas que... Sí, es mi hija. La quiero mucho pero el planificar sus cosas, no.
- Pero ellos saben que siempre estamos nosotras para...
- Es como eso, es como “no hace falta que yo me preocupe porque tú para las cosas importantes estás”. Y dices “vale”. Pero claro eso pues te quita tiempo, te quita... Pues a lo mejor dices...(GM2:19)
- Mi marido decía, cuando teníamos el nene recién nacido, que pues eso, se pasaba toda la noche llorando y tal... Y yo decía, pero si es que sigue durmiendo como un lirón y encima luego me decía “Esta noche has roncado”. Digo “Pero si no oyes a tu hijo llorar, y me oyes a mí roncar...”
- ¡Ay! Qué fuerte. Eso me lo han dicho a mí, eso me lo han dicho a mí.
- Y me decía “Claro, es que vosotras tenéis la suerte de que las hormonas os hacen oír enseguida el bebé y nosotros no tenemos eso”. Y yo “Encima tienes el morro de decirme que es por las hormonas que yo me levanto...”(GM4:21)

De acuerdo a lo que dicen tanto hombres como mujeres, para los ladrones de tiempo, la no concurrencia de las mujeres con sus hijos e hijas no constituye motivo de desatención del cuidado. Por lo menos de su gestión, de su concertación. Un aspecto de la crianza, el del *management*, como lo llama Torns (2008), que resulta más sutil en las articulaciones del cuidado, y por lo tanto deviene elemento determinante en su reparto.

- Y con mi marido igual. A veces... Ahora hemos hecho un pacto para que yo pueda llegar al gimnasio cuando él vuelve del trabajo. Pero... más de una vez me ha llamado corriendo “vente corriendo, que el niño no deja de llorar”. Yo yo... Pues a ver, “comer a comido... Tengo un margen de dos horas aunque sea”, digo “entre...” Digo “Si le acabo de dar pecho, intenta calmarlo tú, porque...” Pero él es que... Claro, él sabe que el niño con el pecho se calma enseguida aunque no sea hambre.
- Ya.
- Entonces en cuanto... Tampoco lo intenta calmar demasiado, en cuanto ve que... que algo va mal, corre me llama y hace dos semanas mandó a alguien a buscarme a la playa. Me había ido una horita a la playa y me mandó a un amigo a buscarme a la playa porque no aguantaba, porque el niño estaba llorando y no sabía qué hacer. (GM4:10)

El escenario que se les presenta a estas mujeres cuyos tiempos les han sido arrebatados, no es nada alentador, y demuestran su malestar ante esta situación de desigualdad.

Maternidades ubicuas.

La ubicuidad es un don que se les ha reconocido a algunos dioses y a algunos superhéroes, una virtud que despierta en nuestro interior anhelos y querencias, curiosidad y también cierto desasosiego, puesto que la posibilidad de estar en distintos sitios al mismo tiempo, aflora en nuestro imaginario como un deseo inconfesable. Ahora bien, la potencialidad de esa habilidad de omnipresencia se ve mediada por los contornos simbólicos y, como veremos, ideológicos, de los espacios en los que metafóricamente nos ubicamos de forma simultánea. Esto es, parece que la capacidad de ubicuidad no resulta igual de apetecible en según qué contextos, ni igual de aceptable para según quién.

En este ejercicio de deconstrucción simbólica de las posiciones que adoptan hombres y mujeres en el reparto de los tiempos de crianza, llamamos *maternidades ubicuas* a aquellas proyecciones de relación donde la figura de la mujer-madre, apoyada en el presupuesto de que las madres son las proveedoras principales y no sustituibles de la crianza durante los primeros meses de vida de las criaturas, adopta, desde el punto de vista de algunos hombres, un carácter omnipresente en el cuidado de la prole, que reduce a mínimos los márgenes de acción de los padres.

Algunos hombres están dando forma a nuevos roles, o se están adaptando a los papeles que la nueva familia demanda de ellos, estas nuevas expresiones pasan por el deseo de ejercer una paternidad activa, distanciada de anteriores modelos que les negaban sus capacidades en el cuidado de la prole.

Los beneficios asociados a la lactancia materna son hoy incuestionables en nuestro contexto. La OMS reconoce que la lactancia materna aporta todos los nutrientes que necesita el o la bebé para un desarrollo sano, y que contiene anticuerpos que protegen al menor de algunas enfermedades, pero además la lactancia contribuye a fortalecer el vínculo madre-hijo. Muchos de los padres participantes en los grupos de discusión interiorizan esta situación como una realidad normalizada, que madres y recién nacidos pasen juntos/as períodos dilatados de tiempo, lleva a estrechen sus relaciones de apego. Mientras que para algunos hombres este hecho se presenta como la disculpa incuestionable para desatender el cuidado de los y las bebés, otros consideran que la interacción continua a propósito de la lactancia, se ve traducida, por parte de sus compañeras, en un contacto ininterrumpido y no compartido que relega el tiempo de interacción padre-bebé a una posición residual.

- *Yo entiendo que Andrea esté muy contento con su mamá, y también sé que a parte de estar con él, también hay que limpiar, cocinar, comprar... lo que no estoy de acuerdo es que Miguel [él] sólo sea el que hace esas cosas y Tania [su compañera] la que disfrute de Andrea. Yo llego agotao' a casa, lavo platos, hago compra, pongo lavadoras... y mientras ella se ha ido a pasear con él por la mañana... que me parece perfecto ¿eh? Que no se va a quedar todo el día en casa, pero claro como lo tiene siempre encima, y... "déjame lo que le voy a dar teta", "Ay, es que está nervioso mejor lo cojo yo...", "Me lo llevo a pasear..." ¿Y yo cuándo? ¿Cuándo me toca a mí estar con él? ¡Sólo para cambiarle el pañal! A mí me ha toca lo peor. (GP03)*

Y es que dicen los hombres que muchas mujeres se resisten a separarse, si quiera unos cuantos minutos, de sus bebés.

- *Pero yo mentalmente no estoy preparada. Yo separarme... Yo el lunes empiezo a trabajar y no... Y no sé cómo lo voy a poder llevar. Porque separarme de ella... Ya por ejemplo hoy he ido al gine... No, hoy he ido a nadar, me he ido media hora. Y ya estaba en el vestuario, "me voy a vestir corriendo que la niña..." Y está con su padre, está bien cuidada, pero... tienes ahí ese... te sientes mal al separarte... Separarme de ella me... No sé, no puedo. Puedo entre comillas y no puedo. Me siento muy mal. Me veo una mala madre o algo, no sé. (GM2:6)*

En el trasfondo de este sentimiento figura ese ideal normativo que hace de las criaturas prolongaciones encarnadas de sus madres, pero también se halla en él una deslegitimación del padre como proveedor de cuidados. A veces, los empeños de los hombres en desarrollar nuevos roles relativos a la atención a sus bebés, se topan directamente con fortalezas construidas por sus compañeras que se resisten al reconocimiento de sus capacidades. De esta manera, las madres ubicuas intentan evitar la separación con su prole, y en el caso que este distanciamiento sea obligatorio procuran proveerse de los medios para estar presentes: llamadas telefónicas insistentes, uso de cámaras para "comprobar" que todo anda bien, elaboración de listas con los pasos a seguir... estrategias para asegurar su ubicuidad.

- *Es que todavía no ha llegado a la esquina y ya me está llamando, tú, es que es demasiao', es demasiao'... y yo "que está bien, que está bien..." le digo que me voy a grabar y le voy a poner mi voz de contestador para cuando llame "Cristina está bien, no ha llorado, ha hecho pipi y está fenomenal."*
- *[risas]*
- *Te lo digo de verdad, es que es demasiao', un día se lo voy a hacer, ya verás, ya... (GP1:18)*

El caso extremo es el de buscar una *madre alternativa*, una figura que sustituya a la figura maternal y que cumpla su rol, por supuesto una mujer, normalmente la madre propia o la

suegra, a quién sí se confía el cuidado, y que en ausencia de la madre real asumirá el control y atenderá a la(s) criatura(s).

- *La primera semana... Claro al trabajar de noches, yo no me puedo quedar con la nena por la noche. Entonces una semana está con mi madre y otra con mi suegra. Así las dos abuelas tienen a la nieta. (GM1:18)*

No es que las mujeres crean que sus hijos o hijas corren un verdadero peligro en manos de sus padres. Nadie habla de situaciones de negligencia o desidia, de lo que no están seguras estas madres es de que sus compañeros atiendan a sus hijos *como se les debe* atender. Esto es, la potencialidad simbólica de la maternidad ubicua reside en que descansa sobre narrativas del *buen cuidado*, de la *forma correcta* de atender a los niños y niñas. Algunas madres en quién generalmente, recordemos, se deposita desde los inicios la gobernanza y la dirección que debe tomar la crianza, gestan y dan forma, a lo largo de los meses, a esquemas preceptivos que recogen respuestas tipificadas y rutinas sobre la crianza, una *maleta de herramientas* que nutrida por narrativas ontológicas y públicas (expertas y legas), contiene respuestas tanto para resolver enfermedades como para cosas más cotidianas como la vestimenta o los horarios de baño. El alcance de estos esquemas, sin embargo, no se circunscribe a la definición de las relaciones de cuidado entre madre e hijo/as, sino que rige toda actividad de cuidado relacionada con los y las pequeñas.

- *Yo cuando ella hace algo mal tampoco digo nada. Tampoco llevo tanto tiempo y puedo cometer algún error. Se creen que ellas lo hacen perfecto. (GP1:30)*
- *Pero claro es eso, te lo dejan toda la tarde y tal y dices "pues mira, voy a vestirlo y me lo llevo a la calle" y ella "¿ahora, ahora? Pero si le toca no sé que dentro de media hora" Y qué más da!! Pues bajo a la calle y en vez de en media hora lo tomará a y 35, que más dan 5 minutos!! Mientras el nano esté bien, yo siempre pienso igual. Mientras esté bien, se lo pase bien y aguante.. Cuando ves que está un poco así, que se frota los ojos, ya dices "ya". Ya sabes que le toca la comida o el baño o tiene sueño y tal. Yo en mi caso soy un poco más tranquilo y tampoco hay que estresarse. (GP2:15)*
- *Yo no me fío de dejárselo a él, me sabe mal pero no, no lo dejo porque sé que me lo voy a encontrar con el pañal al revés o sin bañar...*
- *Yo tampoco la dejo, yo tampoco, porque es que no sabe, no sabe... (GM5:28)*

Cuando esta guía implícita de la crianza no ha sido compartida por los miembros de la pareja, ni consensuada, ni negociada, ni siquiera puesta encima de la mesa, son posibles los conflictos. Efectivamente, hay algunos padres que quieren poner en práctica sus propias pautas, que ponen en entredicho la intransigencia de sus parejas, que plantean propuestas alternativas. Sin embargo, la celosía con la que defienden las mujeres sus preceptos sobre la crianza infantil, parece más el reflejo del deseo de seguir manteniendo el control en esa parcela, que recuerda a ese papel de agente de moralización social que detentaban las "amas de casa" de la familia moderna. (Izquierdo, 1999)

Cocrianzas en proyecto.

La distribución de los tiempos de la primera crianza entre los miembros de la pareja no es, en casi ningún caso totalmente equitativa, según han reconocido las y los participantes en los grupos de discusión. No obstante, en nuestro análisis cualitativo hemos podido identificar posiciones discursivas que, si no se inscriben en un reparto paritario, sí se aproximan a él como horizonte cercano.

- *Yo en mi casa sí que me intento partir. Por ejemplo cuando se despertaba por la noche, cada día se levantaba uno. Y porque le doy el biberón que lo hace él e intento sí... O ahora por la mañana a las ocho, cada día se levanta uno. Porque yo también estoy cansada y también tengo sueño. Lo que pasa es que sí que es verdad lo que dice ella. Que hay veces que no piensa más allá de... a ver si lo puedo dejar o a ver si... ¿sabes? Hay fuman, no lo quiero entrar. Lo mismo me pasa a mí. Eso, él no piensa más allá pero sí que se ocupa de él, yo creo que al cincuenta por cien.(GM2:19)*

Se trata de discursos que contemplan la crianza como proyecto común. Esta aceptación que parece una premisa obvia de la crianza en pareja, se visibiliza en un aspecto ausente en otras posiciones analizadas, este es, las posiciones que hemos llamado coocrianzas en proyecto, contemplan el diálogo, la negociación, en definitiva la explicitación de las propias disposiciones respecto a los tiempos de cuidado en las dinámicas cotidianas.

- *Hombre tienes que organizarte mejor.*
- *Sobretudo con tu pareja también. Tiene que haber una compenetración.*
- *Tienes que planificar más. A lo mejor antes no planificabas.*
- *Antes cada uno iba a su bola en el tiempo que tenía libre, ahora tienes que preguntarle a la pareja a ver.. (RISAS) Lo que tiene que hacer... a ver si se puede quedar con la chiquilla o no.(GP3:6)*

Las coocrianzas en proyecto constituyen posturas que hablan desde el “nosotros” y no desde el yo/el o el yo/ella. Una forma personal que no responde a un mandato de corrección, sino que atesora la paulatina disolución entre las fronteras tácitas entre la cuidadora principal y el cuidador secundario, o incluso auxiliar. Es decir, que se haga referencia a de la distribución de los tiempos de atención a las y los menores como proyecto común, apunta a una cierta reflexividad para con los *tempus*, en la que el cuidado pasaría a ser aceptado por ambos miembros de la pareja como responsabilidad y compromiso propio, tanto individual, esto es, del padre para con sus hijos/as y de la madre para con sus hijos/as, como familiar. En estas articulaciones de las narrativas ontológicas de la crianza, detenta un papel determinante el reconocimiento, no sólo de la dimensión emocional del cuidado, sino también de su dimensión material.

- *Que a veces no lo dejamos pensando que somos necesarias para él. Yo creo que el contacto con su padre, con la familia, a él le enriquece. Luego si estamos delante nosotras, ellos no se comportan igual con él. O sea, si yo lo dejo... Si yo se lo dejo y estoy yo, ellos no se comportan igual. Y él ha de tener libertad para hacer lo que quiera con el nano. Entonces, él disfruta más de él y él de su padre. Entonces, al final el prejuicio lo tenemos nosotras que nos creemos que somos imprescindibles para él. (GM2:7)*

La crianza compartida es también crianza negociada porque contempla espacios de tiempo, tanto para ellas como para ellos, dónde la atención a la(s) criatura(s) puede relajarse, esto es, se pone en valor el tiempo para sí, pero ahora ese sí es tanto femenino como masculino. La coocrianza se inscribe en un proyecto de familia postpatriarcal dónde los cronos dejan de regirse por el valor y el significado otorgado al tiempo masculino.

- *Pero yo sí que he de decir que mi marido sí que ha vivido la paternidad. O bueno, la está viviendo muy intensamente. Él participa muchísimo de... De las labores de la casa el primer mes se encargaba él absolutamente de todo. De limpiar, de comprar...*
- *Madre mía, qué suerte.*
- *Y... en ningún momento se ha quejado de... de la niña, ni de llorar. Porque el primer mes también tuvo... Bueno, no sabíamos si eran cólicos o qué era, pero lloraba, veinte horas al día. Y... Y muy bien, con mucha paciencia y... estos cuatro meses con mucha ayuda por su parte que también, pues eso. Que viene muy bien a la hora de...tú también hacer tu vida. Yo he podido salir con amigas a cenar, se lo he dejado tranquilamente. Sabiendo... (GM5:37)*

Sin embargo, sería ingenuo pensar que todas estas negociaciones se dan en un marco ordenado, sin aristas, todo lo contrario, las cocrianzas se ven hoy sumergidas en mares de inseguridad, contradicciones y sobre todo, de conflictos. La construcción de nuevas relaciones de género, que pretenden eludir los roles tradicionales y los repartos generizados de estos, no promete ser tarea sencilla. Como decía Brullet (1997) la llegada del primer hijo hace aflorar las pautas de género en las cuales fuimos socializadas y socializados, que son recreadas en el proceso de articulación de las identidades parentales, por tanto, muchas de las parejas se ven en la tesitura de problematizar estas pautas con el objetivo de darle forma a sus propios proyectos de “llegar a ser madres” y “llegar a ser padres”, lo que conlleva muchas inseguridades y sobre todo no pocas resistencias. Las cocrianzas son crianzas en proyecto, porque están en proceso de cimentación, de ensamblaje, de aprendizaje de una distribución de los tiempos de cuidado que no atienden a adscripciones genéricas, sino a deontologías individuales o necesidades familiares, un aprendizaje en el que unas y otros se ven deben ejercitarse en la renuncia y también en el compromiso.

- *Pero la verdad es que está siendo complicado, no es camino de rosas... es reencontrarte, es volverte a hacer como pareja, es ahora ver cómo nos organizamos, hoy tú, mañana yo, y seguir andando...¿no? En esta nueva vida, en esto que estamos... pero ¿Fácil?, no,no,no fácil no es, fácil no. (GP3:43)*

Conclusiones.

Desde el momento en que la autoridad maternal y la autonomía de las mujeres cuentan también con un espacio propio en el contrato familiar, la crianza implica una negociación constante entre sus responsables adultos. Hombres y mujeres se ven posicionados en el centro neurálgico de acuerdos, divergencias, conflictos y diálogos a propósito de quién y qué actividades del cuidado se asumen, y sobre todo en qué tiempo y en detrimento de qué espacios. En la segunda modernidad, el proyecto de individualización y el declive del patriarcado hacen prever que en las familias el reparto del tiempo destinado al cuidado de menores se haga de acuerdo a una distribución igualitaria. En la segunda modernidad, la crianza se embebe de reflexividad. Sin embargo, las encuestas del uso/empleo del tiempo han demostrado con evidencia empírica el desigual uso de los tiempos por parte de hombres y mujeres y la sobrecarga de las mujeres, en lo que se refiere a los tiempos de mantenimiento del hogar y de cuidados. Desde nuestro punto de vista, en las raíces de esa segregación genérica descansan todavía cosmovisiones sobre el cuidado ancladas a modelos tradicionales, en las cuales el mito de la mujer-naturalizada sigue jugando un papel central.

En este estudio hemos querido profundizar a través de la técnica cualitativa de los grupos de discusión, en el universo simbólico con el que hombres y mujeres, padres y madres de niños/as menores de seis meses, relacionan el cuidado, sus tiempos y sus repartos en relación a las posiciones de género en el seno de la familia.

Como conclusión de esta investigación exploratoria, podemos decir que la familia contemporánea conserva modalidades de relación entre hombres y mujeres respecto la crianza que recuerdan con cercanía a los modelos tradicionales de corte patriarcal, dónde el cuidado era representado como tarea femenina, y dónde las mujeres se apropiaban del control de la domesticidad como único bastión donde ejercer poder social.

Cabe decir, sin embargo, que muchas mujeres cuestionan hoy unas distribuciones del tiempo que no les reserva tiempo para sí mismas, tiempos que necesitan y reclaman como derecho propio, tiempos que quieren dedicar a su propio proyecto de individualización y que no necesariamente contempla una dedicación absoluta destinada a las otras y los otros. Por su parte cabe advertir también que, aunque todavía minoritarias, se escuchan voces masculinas

que se acercan a la paternidad desde una postura de disfrute, que empieza a no estar reñida con un posicionamiento de compromiso adquirido con las y los pequeños. Las relaciones de coocrianza, donde hombres y mujeres ajustan, dialogan y asumen cooperativamente los tiempos y las actividades asociadas al cuidado de menores se abren camino lentamente, mucho más pausadamente de lo que cabría esperar, en los escenarios de la familia actual. Un camino que no está exento de contradicciones, crisis y conflictos, y dónde la línea en el horizonte parece estar en aprender a construir o mejor a reconstruir un proyecto de relación que, con la crianza, demanda ser redefinido, reajustado, con el objetivo de que tanto hombres como mujeres sean capaces de compatibilizar el cuidado de sus hijos e hijas con sus proyecciones biográficas. Sabiendo que, como decía un participante de uno de los grupos “¿Fácil? No, no fácil no es.”

Bibliografía

- Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona. Paidós.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim Elizabeth (2001) *El normal caos del amor. Formas de la vida amorosa*. Paidós. Barcelona.
- Beck, Ulrich y Beck-Gersheim, Elizabeth (2003) *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona. Paidós.
- Beck-Gersheim, Elizabeth (2003) *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona. Paidós.
- Borderías-Guereñas, J. (1999): "Niños y niñas en familia" En Borrás Llop, J. (Ed.) *Historia de la Infancia en la España contemporánea (1834-1956)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Fundación Germán Sánchez Ruiperez.
- Brullet, Cristina (2004) "La maternidad en occidente y sus condiciones de posibilidad en el siglo XXI" en de la Concha, Ángeles y Osborne, Raquel (coords.) *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*. Barcelona Icaria
- Brullet, Cristina i Roca, Clara (2008) "Tenir cura dels fills. Temps, estratègies, xarxes socials i polítiques de suport a la criança" en Brullet, Cristina i Gómez-Granell, Carme (coord) *III Informe CIIMU 2008 sobre l'estat de la infància i les famílies. Volum I Malestars, infància, adolescència i famílies*.
- Domínguez, Marta; González, M^aJosé, Jurado, Teresa, Francesca Luppi. (2011) *Decisiones de empleo y familia en la transición al primer hijo en Europa. Ponencia presentada al Congreso Iberoamericano de masculinidades y equidad* celebrado en Barcelona el 7 y 8 de octubre de 2011.
- Durán Heras , María Ángeles (2010) *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*. Bilbao. BBVA
- Finch, Janet and Groves, Dulcie (1983) *A labour of love: women, work and caring*. London. Routledge/Thoemms Press
- Flaquer, Lluís (2001) "La individualització de la vida privada en el món actual" *Anàlisi* 26,2001 89-102
- Flaquer, Lluís (1999) *La estrella menguante del padre*. Barcelona. Ariel.
- González Pérez, Teresa (2008) "El aprendizaje de la maternidad: discurso para la educación de las mujeres en España (Siglo XX)". *Convergencia* enero-abril, año/vol 15, num 046 pp 91-117
- Hays, Sharon (1998) *Las contradicciones culturales de la maternidad* Cambridge University Press
- Izquierdo, María Jesús (1999) "Democracia familiar y cuidado de las criaturas" en *VVAA El món laboral, la vida domèstica i la criança dels fills*. Lleida. Edicions de la Universitat de Lleida

Torns, Teresa (2008) "El trabajo y el cuidado cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género" EMPIRIA Revista de metodología de ciencias sociales nº15 enero-junio 2008 pp53-73

Létablier, Marie-Thérèse (2007) "El trabajo de "cuidados" y su conceptualización en Europa" en Prieto, Carlos (ed) Trabajo, género y tiempo social Madrid/Barcelona Editorial Complutense/Hacer editorial

Lupton, Deborah and Barclay, Lesley (1997) Constructing fatherhood: discourses and experiences. London. Sage

Ramos Torres, Ramón (2007) "Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica" en Prieto, Carlos (Ed) Trabajo, género y tiempo social Madrid/Barcelona Editorial Complutense/Hacer editorial

Singly, François (1999) "Le care familial. Une construction sociologique des temps maternel et paternel" en Gender and the use of time. La Haya. Kluwer Law International.

Singly, François (2000) Le soi, le couple et la famille. Paris. Nathan